

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: “Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios” (Ro. 15:7)
(8 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**“Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió,
para gloria de Dios” (Ro. 15:7)
(8 días)**

Día 1

Ro. 1:5-7; 2.Ti. 3:10-15

¡Sé bendecido!

Un hombre toma la pluma y escribe, escribe ... una obra maestra: Un documento clásico de la fe cristiana en dieciséis capítulos. Según su forma se trata de una carta. Muchas cartas ya había editado el misionero y apóstol Pablo. La razón de escribir era siempre la misma, aclarar cuestiones de la fe, solucionar problemas en la iglesia, dar instrucciones pastorales, consolar, fortalecer y exhortar. Aquí hay algunas citas como ejemplo: Fil. 1:3-6; 4:1-9; Ef. 5:1-4.15-21; 1.Co. 10:8-13.

La carta que Pablo escribe ahora en el año 55/56 d.Cr. es algo especial: Va dirigida a los creyentes en Roma; con esta carta Pablo presenta por primera vez una definición sistemática y teológica del evangelio de Jesucristo, escribiendo en un idioma comprensible y muy claro.

¿Por qué escribió Pablo esta carta? El apóstol se encuentra en una encrucijada en su tarea misionera. Él interpreta que su comisión misionera en el imperio romano de oriente ha terminado y ahora quiere dirigirse al imperio romano de occidente con su encargo evangelístico. Le pareció que Roma sería un lugar bueno como punto de partida. Así que él se presenta primeramente a los creyentes en Roma, para poder después de su estadía ahí dirigirse a España. Ese concepto misionero corresponde exactamente a su llamado como apóstol de las naciones.

Meditemos hoy: ¿Qué queremos hacer como iglesia, familia, grupo casero o personas individuales para difundir el evangelio allí donde vivimos y trabajamos? Hacerlo con palabras claras y bondadosas acompañadas de buenas acciones de ayuda. Las últimas palabras del Señor deberían ser las primeras en nuestra lista de prioridades (Mt. 28:18-20; Hch. 1:8).

No será fácil. Pero pensemos: ¿Era fácil para Jesús? ¡Sigámosle! Con toda seguridad seremos bendecidos (Mt. 10:18-20; Jn. 15:20; Lc. 12:32; 24:45-50).

Día 2

Ro. 15:7

Una palabra corta de gran importancia

Leamos el texto de hoy una vez más en voz alta: “Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios”. Uno podría pensar espontáneamente: ¡Qué frase tan grandiosa! Pero lo dice la Biblia que es Palabra de Dios. Solo, ¿quién puede vivir eso? Más aún dice: ¡como Cristo! Esto es imposible.

Ahora lea por favor todo el versículo una vez más. Tengamos en cuenta que al comienzo dice: “*Por tanto*, recibíos ...” Tenemos que leer los versículos 5 y 6. Entonces vemos: En primer lugar no está el mandato, sino Dios. Nuestro Señor es “*el Dios de la paciencia*”, Él es fiel y se queda con nosotros, aun cuando seamos infieles. (Comp. Ro. 3:3; 2.Ti. 2:13.) Nuestro Señor es “*el Dios de la consolación*”.

Cuántas preocupaciones agobian muchas veces nuestro corazón, cuánto desánimo nos puede oprimir y cuánta tristeza nos podrá paralizar. A veces no nos damos cuenta que tenemos un “Dios de consolación”, que para siempre es nuestro Padre amante. El apóstol

Pablo sufrió como apóstol de las naciones tantos dolores en su alma y cuerpo, y el temor y la desesperanza casi lo hicieron caer: 2.Co. 1:8-10.

Pero él se deja caer en los brazos abiertos de su Padre celestial. Allí encuentra consuelo, valentía y fuerza, recibe luz y un corazón amplio para con los demás que están oprimidos. Por toda esta bondad recibida de Dios, Pablo lo alaba diciendo: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. ¿Acaso no tenemos muchas razones de honrar a Dios con nuestra confianza? (Lea 2.Co. 1:3.4; Is. 38:17; Jon. 2:7; Sal. 116:3-9; 94:19.) an

Día 3

Fil. 3:4-10

Regalos de primera mano

“¡Recibíos los unos a los otros!” Esto es un mandato. Las cartas del apóstol Pablo están repletas de exhortaciones, órdenes y mandamientos de Dios, declarando de qué manera debe vivir el cristiano. En el día de ayer vimos que el mandato de Dios no es lo primero y fundamental para el discipulado, sino el “Dios de la consolación”, quien nos otorga abundantemente aquello que necesitamos. De estos pensamientos nos ocuparemos en los próximos días. Como los creyentes en Roma, también nosotros estamos desafiados a “descubrir los contenidos centrales de la doctrina bíblica y aplicarlos en nuestra vida.

1. Dios nos regala el evangelio de salvación (Ro. 1:15). Este regalo está a disposición de *todos* los hombres. Los “judíos”, el pueblo elegido de Dios, son aquellos que desde pequeños debían memorizar y vivir los preceptos de Dios (Dt. 6:4-9). Los “griegos”, es decir los gentiles, viven en una cultura completamente diferente y sirven a distintos dioses. Aunque hayan conocido al Dios en la creación, veneran a sus ídolos hechos de sus propias manos. También entienden la diferencia del bien y del mal por su conciencia, pero desatienden a Dios y se hunden en su vida perversa y pecaminosa (lea Ro. 1:20-25; 2:14.15). Los dos grupos necesitan a Dios el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Para todos los hombres sirve el buen mensaje: Jesús el Hijo de Dios, es el Salvador del mundo (comp. Mt. 1:21; Hch. 4:12; Gá. 2:7).

Aquí nos confrontamos con la pregunta: ¿Qué actitud tenemos frente a los extranjeros que encontramos casi a diario? ¿Cuántos prejuicios y juicios llevamos en nuestros corazones? Pero esta no es la manera de ser de Jesús (lea Jn. 3:16; 4:4-10.39.40; 12:20-22; Mt. 8:8.10.11; Hch. 1:8; 9:15; Ro. 1:5). Jesús tiene un corazón para los extranjeros, ¿y nosotros? Ellos viven entre nosotros. Por eso, recibíos, como Cristo lo hace. “Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca” (Fil. 4:5; comp. Tit. 3:1-5; Gá. 6:10).

Día 4

Ro. 5:6-9.18.19

El sociólogo y teólogo Wolfgang Sachs (fallecido en 1946) anotó una vez: “La justicia es el conocimiento que se desarrolla por el continuo esfuerzo de vencer la injusticia”. Es lo más consecuente que una sociedad se ocupe de la moderación de las situaciones injustas en el mundo (Pr. 14:34; 29:4).

El teólogo y misionero Pablo habla también de justicia, derecho y esfuerzo. Pero bajo un concepto muy distinto. **2. Dios nos otorga Su justicia** (Ro. 1:16). Ella es la condición y el fundamento para nuestra vida personal y en comunidad, para actuar con amor al prójimo en

el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Independientemente que también personas no cristianas se ocupen para que haya más justicia en el mundo, para nosotros vale como prioridad mayor que cada hombre necesita como regalo la justicia de Dios. ¿De qué se trata?

La justicia de Dios está muy unida con Su santidad. Las dos son características de su ser. La santidad significa la separación completa de todo lo malo. Dios es santo. (Comp. Éx. 15:11; 1.S. 2:2; Is. 6:3; 1.P. 1:15.16.) Lo mismo vale para Jesús, el Hijo de Dios. Sus discípulos lo reconocieron como “el Santo de Dios”: “¿A quién iremos? ... hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Santo de Dios” (Jn. 6:68.69).

La *justicia* de Dios tiene que ver además con su juicio y es lo contrario de arbitrariedad, un actuar según el parecer del momento. El santo Dios es justo y *actúa con justicia*. Esto incluye que el pecado no quedará sin castigo. El peor castigo para el pecador es la sentencia de muerte, condenación del culpable al infierno. Por el otro lado dice: Dios no castiga cuando ya no hay pecado. Su mayor deseo es que nadie vaya al infierno. Por eso Él puso todo el pecado nuestro sobre Jesús el inocente Hijo de Dios. “El castigo de nuestra paz fue sobre él” (Lea Is. 53:4-6.11.12.) *Esta* es la única justicia válida delante de Dios: 2.Co. 5:21.

Día 5

Ro. 5:1.2

¿Por qué puso Dios nuestros pecados sobre su propio Hijo, para que el inocente sufriera el castigo de muerte que pendía sobre todos los hombres, y por qué Jesús lo quería sufrir?

a. Nosotros mismos no nos podemos sacar del pantano del pecado. Esto lo puede hacer solamente Dios (comp. Ro. 3:23.24). b. El Dios santo y justo opta por la clemencia (lea Ro. 5:15-17), ya que en Su ser no es solamente santo y justo, sino también el amor en persona. Si se juntan la santidad y justicia de Dios con Su amor y gracia, entonces Él justifica al pecador. Ahora ya corregido él puede acercarse a Dios. Pero esto no pasa automáticamente. Dios no pone Su justicia y amor así no más sobre nosotros. Sino: **3. Él nos regala la justicia por la fe.** “Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá” (Ro. 1:17; lea Ro. 3:22; 4:2-5).

¿Qué vale el regalo más precioso si no lo recibimos, lo desenvolvemos y nos lo apropiamos? Es algo completamente diferente aceptar y utilizar un regalo, antes de querer ganárselo por una conducta intachable, buenas obras y mucho esfuerzo. La fe no es lucrativa. Pablo dice: quiero “ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Fil. 3:9; Gá. 3:7-9).

El creyente no está en una relación de logros con Dios sino de amistad. Abraham “creyó a Jehová, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios” (Gn. 15:6; Stg. 2:23; Is. 41:8; Jn. 15:15). ¿En que relación vive usted con Jesús, el que acepta a pecadores como amigos? ¿Qué tiene que ver esto con nuestro versículo lema de Ro. 15:7?

Día 6

Ro. 2:4; 8:9-14

4. Dios nos otorga Su Espíritu Santo. Imagínese que usted tiene un pleito con otro creyente. Los malentendidos, suposiciones y presunciones son parte del asunto, prejuicios, habladuría acerca de los demás, claramente se percibe la maldad ... Cierta día el Espíritu

Santo le hace recordar las siguientes realidades: El corazón de Jesús rebosa de amor hacia mí y lo mismo hacia mi adversario. Por puro amor nos ha justificado ante el juez supremo, ante Dios. El Señor a los dos nos ha aceptado y nos perdonó todos nuestros pecados. Ahora vivimos continuamente de Su bondad y misericordia.

Entonces hará falta tomar una decisión: ¿Quiero perdonar al otro ante el rostro de Dios? No se trata en primer lugar de aclaración, ni tampoco que el otro dé el primer paso. Si estoy en lo justo y correcto o no: Lo decisivo es mi actitud personal, que ordene a detener mi manera de pensar limitada, y que dé lugar al amor perdonador del Señor. (Comp. Ro. 12:2.3; Ef. 4:23.24.)

Es verdad: nosotros fallamos muchas veces (Stg. 3:2a). Nos cuesta mucho tener una actitud perdonadora y pensamientos de reconciliación. ¿Realmente es posible? Sí, es posible. a. Pensemos: “Nuestra vida natural fue crucificada con Cristo, para que el pecado en nosotros sea derrotado. Ahora ya no somos esclavos del pecado” (Ro. 6:6-14 versión moderna).

b. Desde la resurrección de nuestro Señor Él no vive solamente junto a Su Padre en el cielo. El milagro se realizó: Jesús a través del Espíritu Santo vive en nosotros. Él habita en nosotros. Jesús en usted es amable, bondadoso, pacífico, honesto, misericordioso, otorga el perdón. Dándole a Jesús lugar en nuestros pensamientos y en las conversaciones, en nuestro querer y actuar, es la oportunidad práctica de honrarle y adorarlo.

Día 7

Jn. 17:18-26

Jesús mismo ha estado orando por la convivencia, por la unidad de sus discípulos. Ellos son y seguirán siendo acogidos en el santo y profundo amor que existe entre el Padre celestial y Su Hijo. A esto podemos aferrarnos en cada momento y dar lugar a ese amor irremplazable en nuestra vida. Este amor nos fortalece a recibirnos “como Cristo nos recibió, para gloria de Dios”.

El apóstol Pablo sabe que la unidad de la iglesia de Jesucristo está en peligro. En la carta a los romanos escribe en dos capítulos que los creyentes son responsables por su vida personal como también en comunidad (Ro. 14 y 15). Él habla de los “fuertes” y de los “débiles” en la fe. Los últimos mencionados eran por lo general convertidos del judaísmo. Ellos se sentían atados en su conciencia a guardar diferentes preceptos ceremoniales del Antiguo Testamento y también a tradiciones, especialmente lo que se refería al consumo de la carne (Ro. 14:2). Ellos se aferraban a mandamientos y hábitos que para los creyentes no son imprescindibles (comp. Hch. 15:28.29).

Los “fuertes” eran por lo general convertidos de entre los gentiles. Ellos habían entendido que eran libres de las leyes mosaicas y otros preceptos. Su convicción se basaba en la enseñanza de los apóstoles (comp. Ro. 14:14). Con eso quedaba claro que para el creyente no existen comidas impuras (aquí no se habla de la ingesta de sangre). Por eso los fuertes no podían entender los problemas de conciencia de los débiles. Entonces ellos se encontraban en el peligro de despreciarlos y juzgarlos como creyentes minuciosos. Hay que reconocer que los fuertes no hicieron por negligencia aquello que para los débiles era imposible, sino porque habían entendido su responsabilidad y libertad en estos aspectos. Pues Cristo es el fin de la ley” (Ro. 10:3; comp. Mt. 5:17; Gá. 5:1-6.13-26).

Día 8

Ro. 8:14-16; 1.Co. 8:6-13; Gá. 3:23-28

Los “fuertes” y los “débiles” existen también hoy en la iglesia de Jesús. No se trata de que cada creyente alguna vez se sienta fuerte y otra vez débil, que a veces tenemos una confianza muy fuerte en Jesús o que estamos tambaleando en la fe. Tenemos que tener en cuenta que hay una tiranía de los fuertes y una tiranía de los débiles.

Cuántas peleas en las iglesias y grupos de cristianos consisten por cuestiones de estilos y gustos: cobertura de la cabeza, peinados, vestimenta, canciones y música, postura de oración, adornos, comidas y mucho más.* Los unos caracterizan a una conciencia temerosa, los otros se mueven en el marco de la libertad neotestamentaria (1.Co. 10:23-33; Gá. 2:3-5; 5:1.13; Stg. 2:12).

Si realmente permitimos a Jesús ser el *centro* de nosotros, podremos sepultar la manera de ser hipersensibles, hablar respetuosamente con los otros, escuchar atentamente a los unos y a los otros y practicar el mutuo cuidado. No debemos permitir que uno obligue a otro a aceptar su propia convicción. Como discípulos de Jesús no debemos pelearnos, desvalorizarnos, hablar de manera negativa unos de otros o pasar con dureza al lado del otro. Una y otra vez hará falta de separarse sin maldad. De este modo se podrán producir procesos de aprendizaje. (Comp. Hch. 13:5.13; 15:38.39; 2.Ti. 4:11.)

Si no es posible conseguir un mismo sentir y la conciencia sensible no se puede calmar, entonces los “fuertes en la fe” deben sostener con cuidado, soberanía y humildad de corazón a los débiles. (Lea Ro. 15:1-7.) El “débil en la fe” debería aceptar su flaqueza, pero respetar al hermano que tenga otra convicción y someterse. De esta manera podemos honrar al Señor y aprenderemos a recibirnos mutuamente como Cristo lo hace.

*No se refiere a cambiar los parámetros éticos de la Biblia. El pecado es y sigue siendo pecado.